

# Libro I





## Capítulo I

**E**l siglo XIX, viejo y ya cansado, se encaminaba hacia sus últimos veinte años de vida.

Hacia las dos de la tarde, Ovid Vere (del Colegio Real de Médicos), de pie frente a la ventana de su consulta en Londres, miraba hacia la calle, tranquila y polvorienta bajo el sol estival.

Había recibido una advertencia que debe de resultar familiar a los hombres ajetreados de nuestro tiempo: los síntomas que delatan un carácter alterado y que aconsejan reposo tras un exceso de trabajo. Con una próspera carrera ante sí (y a sus escasos treinta y un años de edad), se había visto obligado a pedir a un compañero que se hiciera cargo de su consulta, y a dar a su cerebro, que tanto había fatigado, un descanso que habría de prolongarse durante los meses posteriores. Para el día siguiente tenía previsto embarcarse rumbo al Mediterráneo en el yate de un amigo.

Hombre activo, dedicado en cuerpo y alma a su profesión, no era alguien dotado de la feliz habilidad de saber entregarse al instante a una existencia ociosa. Para Ovid, el mero acto de mirar por la

ventana, y preguntarse qué hacer a continuación, representaba más de lo que podía soportar.

Se volvió hacia su mesa de trabajo. Si estuviera casado, su mujer le habría recordado que, en las presentes circunstancias, no había nada en común entre él y la mesa. Pero ya que se encontraba privado de superintendencia conyugal, se rebelaba contra sus propias reglas. Su mano inquieta abrió un cajón, y tomó un trabajo de medicina escrito de su puño y letra. «Sin duda —pensó— puedo terminar un capítulo antes de hacerme a la mar mañana».

La cabeza, lo bastante firme mientras miraba por la ventana, comenzó a darle vueltas antes de que hubiera podido terminar una página. Las últimas frases del capítulo inacabado se referían a un asunto práctico que aún no había verificado. Ante emergencias de cualquier tipo, era un hombre paciente y con recursos. Las comprobaciones que precisaba sólo requerían una visita al Colegio de Médicos, situado en una gran plaza llamada Lincoln's Inn Fields. Ya tenía una excusa para dar un paseo con una finalidad laboral que tan sólo consistía en una consulta a un decano y en el examen de una muestra. Cerró su manuscrito y partió hacia Lincoln's Inn Fields.

## Capítulo II

Cuando se da la casualidad de que dos amigos se encuentran en la calle, ¿vuelven alguna vez a pensar en el pasado, en la sucesión de pequeños acontecimientos que los ha conducido a ambos desde el punto inicial de sus respectivas casas hasta el mismo sitio en el mis-

mo instante? Es probable que ni tan sólo un hombre entre diez mil se haya hecho nunca semejante pregunta, y como consecuencia, ni un hombre entre diez mil habrá descubierto que, a la vez que vivía en plena realidad, estaba también viviendo en plena fantasía.

Desde el momento en que el joven médico cerró la puerta de su casa, empezó a andar a ciegas hacia un futuro paciente que era todavía un desconocido para él. Nunca llegaría al Colegio de Médicos. Nunca embarcaría en el yate de su amigo.

¿Qué obstáculos lo desviarían del rumbo previsto? Tan sólo una serie de triviales circunstancias, que se cruzan en el camino de un hombre que únicamente quería pasear.

Apenas había alcanzado la calle siguiente cuando la primera de estas circunstancias se le presentó bajo la forma del carruaje de un amigo que se detuvo a su lado. Una cara luminosa y benevolente enmarcada por tupidos cabellos blancos miró por la ventana, y una voz cordial le preguntó si tenía listos los preparativos para sus largas vacaciones. Tras responder, Ovid tuvo, a su vez, una pregunta.

—¿Cómo está nuestro paciente, Sir Richard?

—Fuera de peligro.

—¿Y qué dicen ahora los demás doctores?

Sir Richard se rio:

—Dicen que tengo suerte.

—¿Y aún no se lo cree?

—En el fondo, no. ¿Quién ha conseguido alguna vez convencer a un insensato? Hablemos de otro asunto. ¿Está su madre de acuerdo con sus nuevos planes?

—No sé qué decirle. Mi madre se encuentra en un estado de indescriptible agitación. Han encontrado el testamento de su hermano en Italia, y la hija de éste podría llegar a Inglaterra en cualquier momento.

—¿Está soltera? —preguntó Sir Richard burlonamente.

—No lo sé.

—¿Tiene dinero?

Sir Ovid sonrió, aunque no con alegría.

—¿Cree que mi madre estaría en un estado de indescriptible agitación si no hubiera dinero de por medio?

Sir Richard era una de esas personas mayores y anticuadas que citan a Shakespeare.

—Ah, bien —dijo—, su madre es como el Kent del *Rey Lear*. Está demasiado vieja como para aprender. ¿Le gustan tanto los encajes como solía? ¿Y es tan astuta como siempre en los negocios?

Sacó una tarjeta por la ventana del carruaje.

—Acabo de ver a una antigua paciente —continuó— con quien mantengo una cordial amistad. Está retirada de los negocios por consejo mío, ¡y me pide a mí, de entre toda la gente del mundo, que la ayude a conseguir deshacerse de algunos «remanentes» maravillosos «cuya venta supondrá una pérdida alarmante»! Mis cordiales saludos a su madre y aquí tiene una buena ocasión para ella. Una última cosa, Ovid. No se apresure en volver al trabajo; tiene mucho tiempo libre por delante. Mire aquí a mi sabio perro en el asiento delantero, y aprenda de él a estar ocioso y feliz.

El gran médico tenía otro compañero, aparte del perro; un amigo con quien se había topado en el camino y que había aceptado un asiento en el carruaje.

—¿Quién era este hombre joven y apuesto? —preguntó el amigo mientras se alejaban.

—Es el hijo único de un familiar mío, muerto hace muchos años —respondió Sir Richard—. No olvide que lo ha visto.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Está en la flor de la vida y va camino de ser uno de los hombres más sobresalientes de su tiempo; de hecho, casi lo ha logrado. Pese a contar con fortuna personal, ha trabajado como pocos médicos que tengan que ganarse el pan con su profesión. El dinero le viene de su difunto padre. Su madre se ha casado de nuevo y

el nuevo marido es un tipo viejo, perezoso e inofensivo, llamado Gallilee. Sólo posee una cosa que lo haga atractivo: cincuenta mil libras esterlinas, acumuladas mediante el comercio. Hay dos hijas más jóvenes, del segundo matrimonio. Con un padrastro como el que le he descrito y, entre nosotros, con una madre que cuenta con unas dosis de celos, envidias, amor por el dinero y otras debilidades mundanas más allá de lo adecuado, mi amigo Ovid no encuentra en la familia distracciones que lo alejen de su escrupulosa actividad profesional. Me dirá que debería casarse. ¡Bien, si consigue una buena mujer será un punto a su favor! Sin embargo, por lo que sé, no es de esa clase de hombres. Frío, más frío con las mujeres que yo; aunque soy lo suficiente mayor como para ser su padre. Pero volvamos a sus perspectivas profesionales. ¿Le oyó preguntarme sobre un paciente?

—Sí.

—Muy bien. La muerte llamaba con insistencia a la puerta de ese paciente cuando pedí a Ovid que se reuniera conmigo y con dos colegas más de los que yo discrepaba. Se trataba de uno de esos extraños casos en los que la vieja práctica de la sangría era, a mi parecer, el único tratamiento posible. Nunca le dije que ése era el punto en el cual yo y los otros dos médicos disentíamos; y a petición mía, ellos, a su vez, tampoco dijeron nada. Él se tomó su tiempo para examinar y pensar; y al final vio en el uso de la lanceta la oportunidad de salvar al paciente con tanta claridad como lo había visto yo. ¡Y a mí me avalan cuarenta años de experiencia! Un hombre joven con esa capacidad de descubrir las causas remotas de una enfermedad, y con esa facilidad para superar las trabas de la rutina a la hora de decidir el tratamiento adecuado, no suele tener una carrera médica ordinaria ante sí. Las vacaciones restablecerán su salud en un periquete. No veo nada que lo impida, de momento... ¡ni siquiera una mujer! Pero —añadió Sir Richard con el guiño característico de un hombre de costumbres anticuadas (como lo es citar a Shakespeare)— sabremos predecir el tiempo con mayor exactitud si la influencia de unas

enaguas hace su aparición en el horizonte. Sin embargo, podríamos aventurar un pronóstico. Si su madre compra alguno de esos encajes, ¡yo sé quién se llevará la mejor parte!

Las condiciones bajo las cuales el viejo doctor se había aventurado a asumir el papel de profeta nunca se cumplirían. Ovid recordó que estaba a punto de emprender un largo viaje, y Ovid era un buen hijo. Compró algunos encajes para regalar a su madre cuando fueran a despedirse; y con ello, sin duda, hizo un mal negocio.

Tomó un atajo para volver a la calle de la cual se había desviado para hacer su compra, y esto lo condujo a una callejuela adyacente al mercado de flores y frutas de Covent Garden. Allí se encontró con la segunda de las circunstancias que lo acompañaría en su paseo. Se encontró a sí mismo rodeado por un intolerable y repugnante hedor.

El mercado no distaba de la dirección en Lincoln's Fields Inn. Huyó de ese hedor hacia los perfumes florales y frutales de Covent Garden, y completó el proceso de desinfección con una cesta de fresas.

¿Por qué una chiquilla pobre y desaliñada, con un gran bebé en brazos, miró la deliciosa fruta con tal avidez que, como hombre de buen corazón que era, no tuvo más opción sino la de regalarle las fresas? ¿Por qué dos niños harapientos, amigos de ella, aparecieron de inmediato después con noticias de una reyerta en una calle vecina e instaron a la chiquilla a que los acompañara? ¿Por qué estas dos nuevas circunstancias inspiraron a Ovid el temor de que los dos golfillos trataran de arrebatarle las fresas a la pobre niña, cargada como iba con un bebé casi tan grande como ella? Cuando sufrimos una alteración nerviosa, cualquier suspicacia, por pequeña que sea, nos puede afectar. El hombre ocioso de mente cansada siguió a los protagonistas del drama callejero para ver qué sucedía, olvidando el Colegio de Médicos y encontrando en sí mismo un nuevo motivo de entretenimiento.

Una vez llegó a la calle vecina, descubrió que la representación de la reyerta había terminado, como otras piezas teatrales más pretenciosas, por falta de un público lo suficientemente entusiasta. Esperó a una distancia prudente mientras observaba a los niños. Su suspicacia lo había llevado a juzgar injustamente. Los niños tan sólo dijeron «déjanos probar», y la chiquilla, generosa, recompensó su buena conducta. El reparto equitativo y amistoso de las fresas se llevó a cabo en una esquina tranquila.

Exceptuando el caso del miserable o del millonario, ¿quién hubiera vuelto a sus asuntos en tales circunstancias, sin antes verse impulsado a la práctica de las virtudes sociales mediante un donativo de unos cuantos peniques? Ovid no era de ese tipo.

Mientras volvía a colocar en el bolsillo de su pechera la bolsa en la cual acostumbraba a llevar monedas pequeñas para limosnas, su mano tocó algo que le pareció el sobre de una carta. Lo sacó, lo miró con sorpresa y contrariedad, y una vez más se apartó del camino que lo debería haber llevado a Lincoln's Fields Inn.

El sobre contenía la última receta que había preparado a un paciente. La había escrito en casa, donde tuvo ocasión de consultar la *Pharmacopeia*, y se había prometido enviarla al paciente lo antes posible. Los absorbentes preparativos para salir de Inglaterra la habían relegado al olvido en su bolsillo durante casi dos días. La única manera de enmendar su desafortunado error sin más dilación era romper con sus propias reglas por segunda vez, al atender un caso de enfermedad, y entregar la receta personalmente, en un acto de pura penitencia.

El paciente vivía en una casa situada casi frente al Museo Británico. Dirigió sus pasos en dirección al norte.

Tras disculparse debidamente, dio los consejos necesarios y salió de nuevo a la calle, encaminándose otra vez al Colegio de Médicos. Mientras pasaba frente al jardín amurallado del Museo Británico, miró hacia el interior y se detuvo. ¿Qué lo había interrumpido esta

vez? Sólo un árbol, el cual agitaba sus brillantes hojas en la ligera brisa estival.

Un cambio notable se produjo en su cara.

Un momento antes, mientras repasaba mentalmente las curiosas interrupciones con que se había topado a lo largo de su paseo, se había estado preguntando con humor qué pasaría a continuación. Dos mujeres con quienes se había cruzado, al ver una sonrisa en sus labios, se habían dicho la una a la otra: «Aquí va un hombre feliz». Si se hubieran encontrado con él ahora habrían tenido que cambiar de opinión. Habrían visto a un hombre pensando en algo que una vez le fue querido, perdido en un pasado lejano pero difícil de olvidar.

Cruzó la calzada hacia una callejuela que daba al jardín. Cabizbajo, se movía como un autómatas. Cuando llegó a la callejuela, levantó los ojos y se detuvo a contemplar de más cerca el árbol.

En su niñez, a cientos de millas de Londres, bajo otro árbol de la misma familia, este hombre, tan frío con las mujeres en su vida posterior, había conocido el amor infantil junto a una prima, joven y dulce, que se contaba entre los muertos desde hacía mucho tiempo. El presente, con sus intereses e inquietudes, se esfumó como se esfuma un sueño. Poco a poco, mientras los minutos se sucedían, su corazón dolorido sentía una influencia reparadora, que parecía emanar misteriosamente del movimiento de las hojas. Abstraído todavía del mundo exterior, vagó lentamente remontando la calle; revivía las viejas escenas dándole vueltas a los viejos pensamientos, pero ahora ya sin dolor.

¿Dónde, en todo Londres, se habría podido encontrar una soledad más adecuada para alguien que sueña despierto?

El amplio distrito, que se prolonga hacia el norte y hacia el este del Museo Británico, es como el barrio tranquilo de una ciudad de provincias, aunque situado en el corazón febril y bullicioso de una de las urbes más grandes del mundo. Aquí uno puede atravesar la calle sin poner ni su vida ni ninguna de sus extremidades en peligro.

Aquí, en los ratos libres, se puede pasear y observar sin chocar con viandantes despiadados cuyo tiempo es dinero, y cuyo destino son los negocios. Aquí los gatos dormitan tranquilos en las aceras, a la luz deslumbrante del mediodía, y se puede observar, a través de las verjas de las plazas, a los niños jugando en una hierba que brilla casi con el lustre de los Sussex Downs. Semejante retiro se halla fuera de las rutas del negocio y de la moda. Y aun así, está al alcance de unos y de otros. Ovid se detuvo en una plaza amplia y silenciosa. Si su pequeña prima estuviera viva, quizás podría haber contemplado el juego de sus propios hijos en algún lugar tan retirado como éste.

Los pájaros estaban cantando alegremente en los árboles. El chico de los recados de un comerciante que entregaba su pedido de pescado a un cocinero, y dos chicas que regaban flores en una ventana, eran las únicas criaturas vivas que tenía cerca, cuando salió de su ensimismamiento y miró a su alrededor.

¿Dónde quedaba el Colegio de Médicos? ¿Dónde estaban el decano y la muestra? Estas preguntas no iban acompañadas de ningún sentimiento de ansiedad o sorpresa. Se volvió, como si estuviera medio despierto, sin un deseo o un propósito concretos, y miró hacia atrás con apatía.

Dos paseantes vestidas de luto se aproximaban con rapidez hacia él. Al hacerlo, una de ellas resultó ser una mujer de cierta edad. La otra era una muchacha.

Se apartó para cederles el paso. Ellas lo miraron con la tibia curiosidad de los extranjeros, a medida que se alejaban. Los ojos de la muchacha se encontraron con los suyos. La mirada sólo duró un instante, pero su poder lo atraparía para siempre.

Se alejó con prontitud, algo impresionada por el casual encuentro, tanto como la anciana que la acompañaba. Sin pararse a pensar, sin ser capaz de pensamiento alguno, Ovid las siguió. Jamás en la vida había hecho lo que estaba haciendo ahora; se hallaba, literalmente, fuera de sí. Veía a las dos mujeres ante él, y nada más.

A la altura del centro de la plaza, las dos mujeres se desviaron por una calle a su izquierda. En ella había una sala de conciertos abierta para el espectáculo de la tarde. Entraron en el vestíbulo. Aún fuera de sí, Ovid las siguió.

### Capítulo III

Una habitación de tamaño magnífico; amueblada con todos los lujos convencionales que el dinero es capaz de comprar; profusamente surtida de revistas y libros de consulta; iluminada por altos ventanales durante el día, y por suntuosas lámparas durante la noche, puede ser, sin embargo, uno de los lugares de descanso y recogimiento más monótonos que se puedan encontrar en el mundo civilizado. Tales lugares existen, y a centenares, en esos hoteles de pretensiones y proporciones monstruosas que hoy en día engullen al viajero que va a parar a un puerto o una estación. Puede que nos sintamos extranjeros entre extranjeros, puede que haya algo innatamente repulsivo en esas espléndidas alfombras y cortinas, sillas y mesas, privadas de todo vínculo afectivo con sus usuarios; puede que la mente pierda su elasticidad bajo la inevitable restricción ejercida al diálogo cordial, que se expresa en tono bajo y con instintiva desconfianza hacia nuestro vecino más próximo; pero una cosa es segura: las más saludables emanaciones de la vida no consiguen filtrarse en esos cansinos salones públicos de los grandes hoteles, y perecen antes de llegar al exhausto viajero.

El mismo día, y casi a la misma hora, mientras Ovid salía de su casa, dos mujeres se hallaban sentadas en un rincón del salón